

Entrevista con DURANCAMPS

Por Marino Gómez-Santos

Durancamps está en Madrid, y para concertar la entrevista le telefonamos al hotel Palace. Cuando ya hemos concertado la cita, apenas si sabemos cómo y cuándo se celebrará; porque Durancamps habla con euforia, con alegría de la vida, como si cada día se desperdiese con unos ojos nuevos, limpios y candidos. Por eso, y porque Durancamps no quiere hablar del todo el castellano, mezclando, como en una paleta, los colores del catalán, del francés y del idioma de Velázquez. Y en tercer lugar, porque Durancamps hace como un gran acontecimiento al encontrar otra vez a sus amigos en este Madrid, al que él entra cuando se desenrollan las primeras alfombras del otoño.

En el Salón Cano, donde expone con el éxito a que nos tiene acostumbrados, Durancamps nos espera para bajar al sotanillo. Llegamos a él por unas escaleras de caracol. La primera pregunta es a la vista de su catálogo, en cuya portada hay un bodegón que recuerda a Zurbarán y que Durancamps titula "Mis grandes secretos". Son cuatro bolsas de papel, resueltas con claras tonalidades sobre un fondo oscuro.

—¿Cuáles son, amigo Durancamps, sus grandes secretos? ¿A qué secretos se refiere usted concretamente?

—A mis fórmulas de ejecución. Quiero decir que yo preparo mis colores, mis telas y mis barnices. Elaboro mis negros de marfil quemando huesos; he empleado todos los óxidos de cobre y de hierro para conseguir mis verdes y mis minios. En las "Reflexiones" de mi catálogo digo que la coincidencia de la invención del tubo de color con la decadencia de la tersura pictórica no es casual; que los colores son materias vivas y que se las mata cuando se las encierra, sin poder respirar, dentro de elementos extraños a su naturaleza.

Andamos en un juego que nos divierte a los dos. Enfrentamos los gallos de pelea de su madurez y de nuestra juventud. Sacamos de la manga lo abstracto y lo incorporamos a la conversación. Su pujante seguridad, que es fuerte e impulsiva como una segunda juventud que sabe todo lo que se puede saber en la madurez, salta ante el blanco que le ofrecemos.

—La pintura abstracta es una enorme equivocación donde pretenden esconderse todos los incapaces de seguir la obra de Dios, que es la obra de la Naturaleza.

Durancamps, nervioso, toma su catálogo y, montando sus gafas valleinclanescas sobre la nariz, se lee a sí mismo:

—¿Dónde estaría la fe del pueblo —dice— si los artistas hubieran exaltado las tragedias del Gólgota y sus Mártires sólo con manifestaciones abstractas?

Queremos, de una manera terca e intencionada, llevarle dulcemente, humorísticamente, la contraria. Durancamps se exalta aún más:

—¡No, no! —dice— Hay que desconfiar siempre de todo lo que es moda, y pensar que los cuadros han de defenderse ellos mismos, sin la protección de marchantes ni capillitas.

Uno, en realidad, no dice ni opina nada ante este espectáculo del gran Durancamps, ser entrañable que se divierte pensando en voz alta, gesticulando, dándonos la sensación de que va a tragarse la pipa, encendida, de un momento a otro.

Insiste sobre la personalidad de los cuadros:

—Fíjese usted. Un cuadro dice siempre, en alta voz, la manera de ser, de sentir... y hasta la moral del que lo ha pintado. Viendo un cuadro solamente, se puede decir si su autor cree en Dios, si cree en los hombres, si es un embustero que trata de confundir a los demás.

Subimos al salón donde está colgada la Exposición de Durancamps. Ante el retrato de don Eugenio d'Ors el pintor se queda un momento pensativo. Nos dice que una de las mayores ilusiones del autor de "La bien plantada" era que le pintase su retrato. Les unían lazos de amistad antigua. Habían amado casi las mismas cosas, idénticos paisajes y ciudades.

—La fatalidad de mis ocupaciones me lo había impedido, hasta que este año me decidí, dejando de hacer algunos encargos. Fui a la ermita de San Cristóbal. Celebramos tres sesiones, y cuando fui para celebrar la última me le encontré muerto.

Contemplamos juntos este retrato, que es formalmente el último documento físico de don Eugenio d'Ors.

—Creo haber captado sus últimos momentos—dice Durancamps.

Se habla también de la escuela ma-

drileña y de los pintores que pintaron Madrid.

—Los que más conozco y quiero son Goya y Beruete.

Durancamps distingue entre la visión pictórica de Barcelona y Madrid:

—Yo tengo la idea de que este fabuloso Museo del Prado que poseemos en España y que, afortunadamente, tiene su cuna en Madrid, da a los aficionados y a los profesionales que viven aquí una conciencia de sabor y de saber pictórico que no pueden poseer los que no tienen este contacto directo con el Prado.

Mientras salimos hacia la puerta, Durancamps, que nos acompaña, nos dice, asegurándonoslo a voces, que su amor a Madrid es tal, que sería capaz de arrojarse ante la Cibele.

Y mientras nos lo dice, con el sombrero puesto, cerca de la puerta, que ya se ha cerrado al público, Durancamps se arrodilla de verdad y entrelaza los dedos de sus manos, grandes, alzándolas hasta más arriba de su sombrero.

Los leones de las Cortes abren sus fauces de bronce en la imaginación del cronista. Y Neptuno, allá abajo, solo y aburrido, se estremece de risa.

16.XI-1954